

ras. Y se crearon las llamadas *fratrías* o *curias*, cada una con su altar, con su fuego sagrado y su culto; comunidades presididas por el curión, a su vez cabeza y pontífice de las mismas. Y también, por la misma causa, vino el fuego sagrado de la Ciudad o el *prítaneo*; el fuego del que ahora llamaríamos Estado, en el cual tenían vida invisible sus fundadores, sus antepasados, sus héroes, aunque sin que aquél avasallara o extinguiera la llama viviente de los dioses Lares o Curiales.

Ahora bien. Ciñiéndonos a las *curias*, cada una de ellas observaba unos actos religiosos análogos a los del culto doméstico. Y, una vez al año, se reunían sus miembros, se inmolaban las víctimas; reses escogidas de la raza vacuna, y sus carnes, asadas o cocidas en altar común, eran el yantar de un banquete ritual, con la participación ineludible de todos aquéllos. Era el día de la renovación del fuego sagrado que, como en el altar de los Lares, debía efectuarse cada doce meses. Y había más: Al anexionarse a la curia otros miembros, colocándose bajo la protección y dominio de los dioses de la misma, también se celebraba otro banquete semejante, como semejante era el que tenía lugar cabe los altares domésticos, al admitirse en la familia—y, por tanto, al culto—a una persona de otro clan.

Los viejos conceptos evolucionaron aunque sin borrarse, incluso cuando los dioses no pasaban de figuras retóricas. De ahí que, a despecho de cambios y de impiedades, por costumbre o por un resto de temor supersticioso, los *dies curiæ convivium* subsistían en tiempo de Cicerón (*De orat.* I, 7) y en los de Augusto (Ovidio, *Fast.* VI, 305). Y, principalmente, hasta época muy avanzada, en los *pagos* o medios rurales, último baluarte del paganismo. De ahí el nombre de éste.

Sentado lo que antecede, es de fácil advertir que, en parte, las *curias* romanas recuerdan las antiguas cuadrillas de la ciudad de que hablamos; aquéllas, por vinculadas por nexo religioso suprafamiliar, y éstas, por unidas por la fraternidad parroquial, adscrita a una misma ara. Y, al primer golpe de vista, bien pudiera afirmarse que existe un cierto paralelismo entre el banquete comunitario de las calderas de San Juan y el que celebraban las *curias* romanas en honor de sus dioses tutelares, incluso por otros detalles ya insinuados y cuya repetición sería ociosa.

¿Los campesinos de las riberas del Duero, extinguida la dominación romana y convertidos al cristianismo, continuaron con su ancestral costumbre, ya sin motivos paganos? ¿Fueron ellos quienes la introdujeron en la nueva ciudad, cuando se cobijaron dentro de sus muros? Como simple hipótesis, no parece del todo gratuita.

La fiesta de San Juan

No nos referimos a la de carácter litúrgico, instituida por la Iglesia para conmemorar el natalicio de quien, dijo el Señor, "no hay, como él, mayor profeta entre los nacidos de mujer" (Luc. VII, 28). Sólo queremos aludir a la significación popular de la dicha fiesta, de viejos resabios.

No hay duda de que, en Roma y aun en pueblos de

Oriente, existía la costumbre de solemnizar el 24 de junio con el encendido de hogueras, con cuya llama se creía purificar el aire y augurar la feliz renovación del año. Era, en el calendario de Julio César, el día del solsticio de estío, dedicado a la Fortuna fuerte. Precisamente, por esta causa, se tuvo la creencia de que las hierbas medicinales y aromáticas alcanzaban entonces el máximo de su virtud, por menguar desde el mismo día las horas solares. Y de ahí provino la costumbre de coger, al filo de la media noche precedente, la grama o vervena de uso en los sacrificios y iustraciones; una costumbre que subsistió durante siglos y siglos, aunque con la ilusión de que favorecía la buena fortuna. El 24 de junio era de renovación, de votos y augurios, de sortilegios y ensalmos, de regocijos y de regodeos, sin que la cristianización de la fiesta le hiciera perder del todo su antiguo carácter. Y ¿no podría ser que este primer signo pagano, transparentado en el folklore y en jogle-rías populares, se acusara en día remoto para elegir el de las calderas de San Juan?

Tengo para mí y sin el más leve agravio para sorianos y cervantistas, que el festín de las bodas de Camacho y, con él, el mimo y el asedio al "Castillo del buen recato" que le siguiera y que tan graciosamente describe Cervantes, no fueron sugeridos por lo que unos y otros suponen. El festín, a mi pobrísimo entender, pudieron inspirarlo las "mesas francas" de Florencia, Verona, Milán, Mantua..., precisamente con ocasión de las bodas de algunos de sus señores. Y el asedio recuerda el del "Castillo de la honestidad", de perfil semejante, celebrado en Treviso, el año 1214. El simulacro pasó a la historia porque las bromas estuvieron a punto de degenerar en veras entre la Señoría de Venecia y los ciudadanos de Padua, y aun se perpetuó en el lenguaje popular con el nombre de "las gallinas paduanas", a causa de la solución que dióse a la querrela. Cervantes conocía las cosas de Italia y de como allí—sin apreciables antecedentes en España—se entretuvo a los comensales, en los grandes festines, con danzas y representaciones. Pero esto es harina de otro costal y no viene a pelo recordarlo.

Durante mi vida dediqué muchos artículos a glosar la fiesta de San Juan, en sus diversos matices. Hogaño pretendía añadir otro a los que escribiera cuando, al pensar lo que diría, ha venido a mi recuerdo la fiesta de las calderas de Soria, de la que alguien me habló durante los largos días que pasé en aquella ciudad, hace ya muchos años. La efusión y las exquisitas bondades que me dispensaron en ella, son de las que no se borran jamás de la memoria. ¡Qué de particular tiene asociara a la fiesta del Santo Precursor, evocaciones tan amables!

M. LI.

AUTOMOVILISTA: ¿Es Vd. socio de ADA?

Consulte en nuestra Delegación: **PLANCHISTERIA FERRAN** Calle José Ayats, 9 - Tel. 26 15 46 - Olot

Servicio permanente de Grúa